

Testimonio

## Los voluntarios al servicio del enfermo terminal **Susana Velasco Asencio**

Estaba cursando mi primer semestre de universidad y llevaba la materia de psicología; la dinámica de la clase implicaba invitar a algún ponente a dar el tema. Yo elegí el tema de *enfermo terminal* e invité a una tía mía involucrada en un Hospice para enfermos terminales (“Hospice Cristina”). Cuando terminó la clase quedé muy conmovida, porque me había remontado a la muerte de mi abuelo, un personaje muy importante en mi vida; ahora estoy segura de que murió en paz, sin embargo murió en terapia intensiva y yo no tuve la oportunidad de despedirme, y en ese momento me entró una frustración muy grande de sentir que había muerto solo. Así que le pregunté a la ponente si podía hacer algo por ayudar en el Hospice. Ella me contactó con la encargada del voluntariado y empecé mi voluntariado.

De esta manera conocí a Teresita, una señora de aproximadamente 40 años, que tenía una artritis bastante desarrollada y, por lo mismo, la conocí cuando ya estaba en cama y era incapaz de moverse. A Teresita la cuidaba su mamá, una señora mayor, y por esto lo más que podía hacer por ella era darle de comer y moverle las piernitas hacia un lado u otro de la cama.

Empecé yendo una vez por semana a cambiarle el pañal, las sábanas, darle de desayunar o algo en que se pudiera ayudar. Mi amiga Sandra también iba conmigo, pero no siempre coincidíamos en horas; cuando coincidíamos teníamos la oportunidad de bañarla y también a su mamá. Yo nunca había bañado a alguien y no fue fácil la primera vez; tampoco lo fue para Teresita y su mamá: siento gratitud por su confianza. (Hace poco tuve un accidente y tampoco podía bañarme yo sola: pensé en ellas para tranquilizarme y dejar que la enfermera me bañara).

Era impresionante ver semana tras semana el deterioro de Teresita; era cada vez más difícil moverle sus piernas y sus brazos: sus articulaciones cada vez estaban más deterioradas y tenían menos movilidad. Era como una muñequita que se iba quedando rígida.

Aunque iba sólo una o dos horas, siempre salía muy muy cansada, exhausta y, al mismo tiempo, muy contenta. En general somos *especialistas en ahogarnos en un vaso de agua*; esa una o dos horas eran como golpecitos en la cabeza para aterrizar en mi vida. Nos encanta vivir estresados por nuestras responsabilidades y por no alcanzar las manecillas del reloj, pero lo cierto es que la vida es mucho más que trabajo, escuela y responsabilidades. El haber tenido contacto con esa realidad me ayudó mucho a valorar la mía. Tal vez son frases hechas y ya alguna vez las has oído, pero es cierto que una cosa tan sencilla como bañarte solo no la sabemos disfrutar como pudiéramos.

Es muy cansado cuidar a un enfermo: su mamá adoraba a Teresita, pero claro que estaba cansada de oírla quejarse y de estar levantándose en las noches a darle agua y a moverla. Además cada vez la hija era más demandante y muchas veces todo el enojo que sentía por su enfermedad lo proyectaba con los demás. Había días que salía yo toda regañada y

enojada; de todas formas no podía dejar de ir y al final el sentimiento de satisfacción siempre quedaba.

Planeaba irme dos meses a Chiapas y me preocupaba que Teresita se quedara sola afortunadamente una vecina la fue a visitar: ese fue otro angelito que tuvo Teresa; esta vecina estuvo al pendiente hasta que Teresita llegó al final de su camino.

Cuando regresé de Chiapas, la fui a visitar. Tere ya casi no quería hablar comía menos; sus ojitos cafés -tan expresivos casi todo el tiempo- estaban cerrados. Poco después empezó su agonía: de pronto dejó de quejarse y aflojó el cuerpo; fue como si ella decidiera dejar de sentir dolor. Ya no volvió a abrir los ojos. Es una sensación muy extraña, pero la persona sabe que ya esta llegando al final y te lo comunica.

A pesar de la tranquilidad que Teresita irradiaba, nosotros nos sentíamos angustiados, en particular su madre. Ella sentía miedo de ver a su hija partir, y una necesidad impresionante de sentirse acompañada por Dios: nos puso a todos a rezar y llamó a sus hijas y sus seres queridos para que rezaran con ella. Nunca había tenido yo tan palpable esa necesidad del ser humano de creer en un Ser superior y sentir que hay una vida más allá.

Me llamó mucho la atención el proceso que vivió la mamá de Tere en cuestión de horas: primero le decía que no se fuera, que no la dejara sola, y le pedía a Dios que no se la llevara; llegado el sacerdote, se tranquilizó; después sólo rezaba, no pedía nada, sólo rezaba... Se acercó a su hija, le tomó la mano y le dijo que estaba bien, que se fuera, pero que no se olvidara de ella, que le dijera a Dios que, aunque era una viejita pecadora, lo quería mucho, y que ella iba a estar bien. Esa misma noche Teresita murió. Muchos la acompañamos en sus últimas horas.

Estoy convencida de que la muerte es el proceso de la vida más enigmático y también el más enriquecedor: los enfermos no nos dan lecciones de muerte, sino de cómo vivir la vida.